

## LOS MODOS RELACIONALES DE LAS ÉLITES HISPANOAMERICANAS COLONIALES: ENFOQUES Y POSTURAS

Michel Bertrand\*

«L'histoire [...] est sociale tout entière, par définition»  
Lucien Fèbvre<sup>1</sup>

Mucho se ha dicho, no menos se ha escrito sobre la llamada «crisis de la historia». No interesa aquí reflexionar sobre la pertinencia o no de esta valoración que ha suscitado innumerables libros, análisis y comentarios. Basta solo con resaltar que estas interrogaciones no son sino la traducción de una evolución muy marcada de la historiografía contemporánea finisecular. La base sobre la cual se había desarrollado el proyecto de una historia global capaz de pensar el pasado humano como una totalidad se ha ido desmoronando poco a poco. La atención pasada prestada casi exclusivamente a las estructuras y a los actores colectivos han dejado el paso al retorno del sujeto y al actor individual. Más allá, es el peso de la coyuntura, de lo puntual, del acontecimiento que ha hecho un retorno espectacular en una historiografía hasta hace poco exclusivamente dedicada a identificar las fuerzas profundas de la historia. Esta evolución y los interrogantes que suscitó pueden ser identificados, al mínimo, como el cuestionamiento de un modelo historiográfico construido desde más de medio siglo en torno a los *Annales*<sup>2</sup>. Dentro de una producción historiográfica que sigue siendo abundante, la desaparición de referencias mayoritariamente reconocidas se tradujo en una multiplicación de problemáticas y proyectos y hasta en la elaboración de propuestas

---

\* Université de Toulouse le Mirail.

<sup>1</sup> L. Febvre, «Vivre l'histoire», *Combats pour l'Histoire*, París, Agora, Armand Colin, 1992, p. 20.

<sup>2</sup> R. Chartier, *Au bord de la falaise, l'Histoire entre certitudes et inquiétudes*, París, Bibliothèque Albin Michel Histoire, 1998. En el ensayo titulado «Histoire intellectuelle et histoire des mentalités», pp. 27-66, R. Chartier aplica esta reflexión a la llamada historia cultural. Sin embargo, su análisis es plenamente transportable a la historia social.

diversas y contradictorias entre sí. Más profundamente, lo que caracteriza a las interrogaciones actuales dentro de una disciplina histórica cada vez más heterogénea viene a ser la desaparición de la tiranía de los marcos únicos y excluyentes —ya sean estos cronológicos, espaciales, culturales o sociales— dentro de los cuales se inscribía necesariamente la propuesta de alcanzar la historia total.

La reflexión sobre los grupos sociales y sus respectivas evoluciones constituye uno de los campos ilustrativos de esta transformación en la manera de concebir el quehacer del historiador. Después de lo que podría considerarse como un largo período estructuralista, los historiadores han marcado un fuerte interés por analizar el comportamiento de los actores sociales fuera de todo determinismo sistemático.<sup>3</sup> Si esta evolución ha coincidido con el retorno a la preocupación por lo político hasta entonces desdeñado por la dominante corriente «annalista» como simple y banalmente *événementiel*, también afectó esta evolución a otros ámbitos historiográficos como el de las sociedades. Desde esta perspectiva, no deja de tener interés el aplicar esta reflexión crítica al campo de la producción histórica relativa a las sociedades americanas. Su propósito sería el de observar hasta qué punto los debates, que se dan hoy en día dentro de otros espacios de la producción histórica, la afectan y contribuyen a proponer pistas o a elaborar propuestas para una historiografía que ha conocido en los últimos decenios un desarrollo y una renovación en muchos aspectos espectaculares. Esta es la reflexión que se propone llevar a cabo aquí centrando la atención sobre uno de los temas al que más importancia se le ha acordado desde hace casi treinta años en el campo de la historia social, a saber el de la fracción elitista de las sociedades coloniales.

Bajo la influencia de los planteamientos surgidos durante el siglo XIX desde la naciente sociología, el historiador de lo social ha identificado paulatinamente su campo de análisis construyendo su reflexión en base a la identificación de los grupos sociales. Cuando, en 1900, apareció el primer número de la *Revue de Synthèse historique*, su fundador, Henri Berr, hizo manifiesta su voluntad de poner al servicio del trabajo histórico las herramientas y los planteamientos surgidos desde las nuevas ciencias sociales, y muy especialmente desde la sociología. Con el propósito de subrayar esta relación estrecha surgida entre esta nueva ciencia del hombre y la historia social, basta recordar aquí la frase de Auguste Comte quien, para subrayar la dimensión colectiva del hombre social, escribía:

«La société humaine se compose de familles et non d'individus. [...] Un système quelconque ne peut être formé que d'éléments semblables à lui et seulement moindres. Une société n'est donc pas plus décomposable en *individus* qu'une surface géométrique ne l'est en lignes ou une ligne en points.»<sup>4</sup>

En un sentido muy similar, aunque con fines ideológicos y políticos muy distintos, Frédéric Le Play afirmaba de la misma manera:

---

<sup>3</sup> Esta evolución muy característica alcanza su carácter más radical en la problemática desarrollada por A. Corbin cuando pretende, precisamente, llevar a cabo la historia de un desconocido cuyas huellas fueron las más escasas posibles. A. Corbin, *Le monde retrouvé de Louis-François Pinagot, sur les traces d'un inconnu*, París, Flammarion, 1998.

<sup>4</sup> A. Comte, *Pensées et préceptes*, París, édit. De G. Deherne, Grasset, 1924, pp. 58-59.

«C'est la famille, et non l'individu, qui reste l'unité sociale par excellence.»<sup>5</sup>

Y si Emile Durkheim denunciaba, en lo que a él se refiere, el papel de la familia como obstáculo a la socialización de todo individuo, no dejaba de considerar que el grupo familiar era finalmente el primer espacio social que intervenía para condicionar su actuación. Esta concepción de la relación mantenida entre el individuo y su entorno social a través de la familia instó a muchos historiadores a plantearse el análisis de las estructuras sociales partiendo del grupo familiar. Hasta tal punto que no deja de haber entre los historiadores algunos que consideran que la familia ocupa un espacio quizás excesivo dentro de la historiografía de los últimos tres o cuatro decenios.<sup>6</sup>

Sin embargo, la reconstrucción de los grupos familiares no podía servir de fundamento exclusivo a la identificación de entidades sociales más amplias. En este sentido, la propuesta de Henri Berr desembocó a finales de los años 20 con la fundación de la revista de los *Annales d'histoire économique et sociale* cuyo nombre marcaba de entrada la orientación escogida, en ruptura con la historia episódica entonces dominante. De estas propuestas programáticas surgió la necesidad de una identificación de grupos sociales no centrada exclusivamente en la familia para intentar ofrecer un modelo de evolución de las sociedades humanas. Sin abandonar el interés por la historia de la familia, el análisis de estas últimas se apoyó entonces sobre paradigmas capaces de ofrecer una visión global de la estructuración social. En el caso de las sociedades de Antiguo Régimen, dos fundamentos teóricos contribuyeron a la distinción de ambas corrientes historiográficas antagónicas que intentaron, cada una a su manera, plantear la cuestión de la estructuración de los grupos sociales. R. Mousnier y sus discípulos desarrollaron un modelo fundamentado en un paradigma de corte jurídico, conforme a la concepción que tenían de sí mismas las sociedades de Antiguo Régimen al comparar su funcionamiento con el de un cuerpo humano. Esta visión de la estructuración social, donde cada parte contribuía, desde su propia posición, al buen funcionamiento del colectivo social, abrió paso a la definición de las sociedades de Antiguo Régimen como una yuxtaposición de órdenes donde el espacio social de cada individuo se definía a partir de su pertenencia jurídica.

En oposición a esta visión se situó la definición propuesta por E. Labrousse. Este, inspirado o influenciado por una concepción de corte marxista de la estratificación social, fundamentó su modelo en base a un paradigma de corte económico susceptible de identificar la existencia de clases sociales, óptica válida según él aun para sociedades pre-capitalistas. El enfrentamiento de estas dos visiones de la estructuración de las sociedades de la época moderna conoció, muy especialmente dentro de la historiografía francesa, uno de sus apo-

---

<sup>5</sup> F. Le Play, *La réforme sociale en France*, Tours y París, A. Mame et fils/Dentu, 1874, lib. 3, cap. 24, p. 362.

<sup>6</sup> M. Aymard, «Amitié et convivialité», en P. Ariès y G. Duby (dirs.), *Histoire de la vie privée*, t. 3, *De la Renaissance aux Lumières*, París, Le Seuil, 1986. De esta abundancia, la bibliografía propuesta en este volumen ofrece una buena muestra. Los trabajos pioneros son los de P. Ariès, *L'enfant et la vie familiale sous l'Ancien Régime*, coll. U.H., París, Le Seuil, 1973; P. Laslett, *Household and family in Past Time*, Cambridge, 1972; y *Un monde que nous avons perdu, les structures sociales pré-industrielles*, Nouvelle Bibliothèque Scientifique, París, Flammarion, 1969. Una útil síntesis es la de R. Mousnier, *La famille, l'enfant et l'éducation en France et en Grande-Bretagne du XVIème au XVIIIème siècle*, París, CDU, 1975.

geos en los años 60, el cual se manifestó muy concretamente durante un coloquio reunido en 1967 en l'École Normale Supérieure de Saint Cloud.<sup>7</sup>

La importancia acordada por la historiografía a ambos paradigmas desde hace más de medio siglo se manifiesta muy claramente en el modelo de reconstrucción de lo social propuesto por la llamada «*École des Annales*» elaborado precisamente en relación a ellos. Mediante lo que puede considerarse como uno de sus manifiestos teóricos,<sup>8</sup> se observa cómo esta corriente historiográfica tomó en cuenta prioritariamente la perspectiva propuesta por E. Labrousse en contra de la de R. Mousnier. En esta obra, la historia social es definida como uno de los «nuevos problemas» a los que el historiador se encontraba entonces enfrentado. Tal era el caso del papel otorgado a esta historia social en relación a lo que empezaba a llamarse la «historia de las mentalidades». Como lo escribía entonces G. Duby:

«Pour comprendre l'ordonnance des sociétés humaines et pour discerner les forces qui les font évoluer, il importe de prêter une égale attention aux phénomènes mentaux, dont l'intervention est incontestablement tout aussi déterminante que celle des phénomènes économiques et démographiques. (...) L'une des tâches majeures qui reviennent aujourd'hui aux sciences de l'homme est donc de mesurer, au sein d'une totalité indissociable d'actions réciproques, la pression respective des conditions économiques et, d'autre part, d'un ensemble de convenances et de préceptes moraux, des interdits qu'ils dressent et des voies de perfection qu'ils proposent. Dans une telle entreprise, on peut tenir pour décisif l'apport des historiens.»<sup>9</sup>

En esta misma obra que pretendía presentar una síntesis de las problemáticas, de los métodos así como de los objetos de una historiografía que conocía entonces su apogeo, la reflexión relativa a la reconstrucción de los grupos sociales fue muy significativa y fundamentalmente reservada a la historiografía «annalo-marxista» a través de una contribución de P. Vilar.<sup>10</sup> Sin embargo, esta visión «annalista» del campo social no era exclusiva ya que abría espacio a otras, o mejor dicho a nuevas formas de análisis al tomar en cuenta planteamientos directamente influenciados por la antropología.<sup>11</sup> En este sentido, la historiografía de la

---

<sup>7</sup> D. Roche y E. Labrousse (dirs.), *Ordres et classes sociales*, París, 1973. Una prolongación muy significativa de este enfrentamiento fue el debate que se mantuvo en Francia a lo largo de los años 60 y 70 sobre la cuestión de las revueltas populares en las sociedades de Antiguo Régimen. A pesar de haber pasado el tiempo desde ese encuentro parisino, revelador de un clima universitario anunciador de los eventos del mayo del 68, las huellas de aquellos enfrentamientos lejanos siguen aun en parte vigentes. Es lo que demuestran las discusiones que se desarrollaron en otro encuentro que tenía precisamente la pretensión de hacer el balance de estas discusiones historiográficas 25 años después. C. Charles, *Histoire sociale, Histoire globale?*, París, Maison des Sciences de l'Homme, 1993.

<sup>8</sup> J. Le Goff y P. Nora (dirs.), *Faire de l'histoire*, Bibliothèque des Histoires, París, Gallimard, 3 vols., 1974.

<sup>9</sup> G. Duby, «Histoire sociale et idéologies des sociétés», *Ibid.*, t. 1 pp. 147-8.

<sup>10</sup> P. Vilar, «Histoire marxiste, histoire en construction», *Ibid.*, t. 1 pp. 169-210. Sobre la cuestión fundamental y aún muy discutida de las relaciones entre marxismo y *Annales*, se puede remitir a las numerosas publicaciones de C.A. Aguirre Rojas y muy especialmente *La escuela de los Annales, ayer, hoy y mañana*, Barcelona, Editorial Montesinos, 1999, capítulo 6.

<sup>11</sup> Las contribuciones de P. Vidal-Naquet y de M. Ozouf ilustran este propósito al tomar en cuenta grupos sociales más informales, que no coinciden plenamente con uno u otro paradigma entonces dominantes dentro de la historiografía de aquella época. En estos dos casos, se trata de considerar grupos sociales cuya existencia se caracteriza por su carácter aleatorio y temporal como podía ser el caso de los grupos de jóvenes o el de los que se formaban en el marco de las fiestas públicas. Es también muy significativo que estas otras formas de

corriente de los *Annales* situó el análisis del campo social, de manera privilegiada, tanto en la identificación de grupos sociales definidos a partir de sus fundamentos socioeconómicos como en el de las representaciones que los miembros de dichos grupos hacían sobre ellos mismos y sobre la sociedad a la cual pertenecían. Sin embargo, la propuesta «annalista» consideraba, aunque de manera quizás todavía marginal por su novedad, la necesidad de tomar en cuenta la existencia de grupos sociales, a veces más informales e inestables, definidos en base a criterios no estrictamente socioeconómicos sino en base a una identidad de orden sociocultural o de modos de sociabilidad específicos.

Sin pretender reducir la historiografía latinoamericanista a una prolongación exclusiva de esta historiografía de lo social surgida en Europa a partir del siglo XIX y que culminó con el proyecto historiográfico «annalista», queda claro que el impacto de estos planteamientos tuvieron en América latina un eco particularmente fuerte. El éxito que conoció la publicación en México, en 1952, de la obra de Marc Bloch, *Le métier d'historien*, no deja, en este sentido, de ser relevante. A pesar de haberse interesado muy marginalmente por la historia latinoamericana, la reflexión de Marc Bloch acerca del papel del historiador y la manera de escribir la historia, tuvo en Latinoamérica una acogida muy favorable.<sup>12</sup> Más ampliamente, la corriente «annalista» contribuyó a fomentar en América Latina «una nueva atmósfera mental, una historia más amplia y humana», al interesarse por «lo diverso y lo plural».<sup>13</sup> La influencia de esta línea historiográfica puede comprobarse al observar su impacto sobre la temática que aquí nos interesa, a saber el de las élites sociales, tanto coloniales como postcoloniales.

Sin hacer explícitamente referencia a la concepción de E. Labrousse en lo que a la estructuración de las sociedades se refiere, se observa que esta línea de investigación se ha desarrollado en base a una definición más que nada socioeconómica del grupo elitista. Basta recordar aquí los fundamentos, identificados empíricamente por D. Brading, en el momento de proponer su definición de la élite social de Guanajuato en la segunda mitad del siglo XVIII:

«No existe ningún modo, ni estadístico ni exacto de definir a los miembros de la élite social de Guanajuato [...] Las categorías raciales y ocupacionales del censo de 1792 no son suficientemente detalladas [...] Por fortuna estos problemas se solucionan con relativa facilidad mediante la comparación de la élite económica con la política [...] El examen más superficial nos revela que estas dos élites eran prácticamente las mismas.»<sup>14</sup>

Esta corriente historiográfica, iniciada para el espacio mesoamericano por D. Brading, ha pretendido ofrecer, después de cuatro décadas de fecundísima producción, una recons-

---

aprehender estas estructuras temporales dentro de las sociedades del pasado estén agrupadas dentro de lo que los promotores de la obra consideraron como nuevos objetos para la historia. P. Vidal-Naquet, «Les jeunes: le cru, l'enfant grec et le cuir», pp. 137-169; y M. Ozouf, «La fête sous la Révolution française», *Ibid.*, t. 3.

<sup>12</sup> C. A. Aguirre Rojas, «La recepción del *Métier d'Historien* de Marc Bloch en América Latina», *Argumentos, Estudios críticos de la Sociedad*, n° 26, México, abril 1997, pp. 123-162.

<sup>13</sup> Carlos Martínez Assad, «Ecos de la historiografía francesa en América Latina», *Eslabones*, n° 7, México, enero-junio de 1994. Sobre este mismo tema también véase la publicación de C.A. Aguirre Rojas, *Los Annales y la historiografía Latinoamericana*, México, UNAM, 1993.

<sup>14</sup> D. Brading, *Miñeros y comerciantes en el México Borbónico*, México, FCE, 1972, p. 403.

trucción de las variadas facetas de un grupo social definido fundamentalmente en términos socioeconómicos. Estos objetivos la llevaron a abordar un abanico muy amplio de temáticas, tales como su comportamiento demográfico, su papel central dentro de la vida económica, la complejidad de sus modelos y referencias culturales e ideológicas así como la de sus estrategias sociales cuyo propósito venía siempre a ser, a fin de cuentas, el de asegurar y consolidar su posición dominante. Ante tal diversidad temática, resulta difícil pretender hacer un balance exhaustivo. Sin embargo, considerando el espacio dedicado, dentro de esta historiografía, a la cuestión relativa a los modos elitistas de sociabilidad se puede, legítimamente, centrar el análisis en este último aspecto con el propósito de identificar el tratamiento que le ha sido acordado.

Las peculiaridades en la forma de abordar esta temática han quedado claramente inscritas en un trabajo reciente cuyo propósito fue, precisamente, ofrecer una síntesis relativa a la historia de la familia para el caso mexicano.<sup>15</sup> Según su análisis, esta se ha centrado en torno a cuatro grandes temas: la legislación relativa a la familia, su aplicación así como la dificultad de su imposición dentro de varios grupos sociales de la sociedad mexicana; las estrategias familiares en el proceso de formación de los sistemas de parentesco; la reciente atención hacia el espacio y el papel específicos de la mujer dentro de la estructura familiar y su estudio a partir de la perspectiva femenina; los rechazos de este modelo familiar impuesto desde el poder que tomó formas variopintas desde la resistencia pasiva a la rebelión abierta. Aunque la reflexión propuesta no se limite a las élites sociales de la colonia y tome en cuenta todos los grupos sociales que la componían, es posible trasponer estas observaciones a la historiografía de estas últimas, identificando dos temáticas que hacen directamente eco a la propuesta de G. Duby relativa al papel del historiador en la reconstrucción del campo social.

Uno de los objetivos centrales de la historiografía de las élites coloniales fue reflexionar sobre su estructuración y delimitación al querer contestar a la pregunta básica que se podría resumir en un «¿quién la compone?». En un segundo momento, esta interrogación introductoria tuvo que tomar en cuenta las dinámicas internas que afectaban al grupo considerado y, por lo tanto, proponerse reflexionar sobre la movilidad social que lo afectaba. Pretender contestar ambas interrogaciones supuso, para esta historiografía, llevar el análisis mayoritariamente hacia una perspectiva familiar. Cabe subrayar que los historiadores que abordaron estos temas centraron parte de sus reflexiones en la cuestión de las estrategias que podían desembocar en una integración al grupo elitista y en concretar su ascenso social. De ahí la atención acordada a las estructuras relacionales dentro de la élite y a sus mecanismos de funcionamiento, lo cual implicaba atenerse a sus modos de sociabilidad construidos prioritariamente desde una perspectiva familiar. Muy concreta y trivialmente, dicho enfoque se hallaba muy frecuentemente inscrito en el mismo título o subtítulo de los estudios publicados. Más ampliamente, la familia fue sistemáticamente tomada como centro de la reflexión, ya que gran parte de ella se refería a la cuestión de la estabilidad de la élite y su capacidad, más o menos marcada, de renovación e integración de nuevos elementos.

Dicha orientación, en cierta forma natural, no tiene en sí nada de sorprendente si se considera que el tema que se pretendía estudiar prolonga en muchos casos una realidad y un

---

<sup>15</sup> P. Gonzalbo Aizpuru, «La familia en México colonial: una historia de conflictos cotidianos», *Mexican Studies*, vol. 14, n° 2, 1998, pp. 393-406.

comportamiento demográfico que le servían de fundamento. Por lo tanto, el marco dentro del cual se inscribió la historia de las dinámicas sociales de las élites coloniales vino a ser casi automáticamente el de la familia identificada como un espacio demográfico capaz de ofrecer una reconstrucción familiar. De forma que, considerando que el modelo familiar correspondiente al de las fuentes parroquiales utilizadas para alcanzar este objetivo era el de la familia nuclear, esta estructura vino a ser considerada como adecuada para abordar el estudio del grupo. Tal enfoque desembocó, lógicamente, en un segundo momento, en la reconstitución de linajes con el propósito de reconstruir la filiación dentro de un grupo familiar generación tras generación y durante períodos de más o menos larga duración. Estos estudios, que se han multiplicado en los últimos años, se aplicaron en su mayoría a las élites urbanas del imperio español desde las ciudades del norte de Nueva España como Chihuahua o Zacatecas hasta Buenos Aires o Santiago de Chile, pasando por México, Guatemala, Caracas, Quito o Lima. Finalmente, el desenlace lógico de esta orientación historiográfica fue la realización de estudios de casos capaces de ofrecer una reflexión y una ilustración relativas a la capacidad de estas familias para mantenerse durante largos períodos de tiempo.<sup>16</sup>

El mecanismo aquí descrito de reconstrucción de las dinámicas elitistas seguido por la historiografía americanista desde hace varios decenios se inscribe, por otra parte, dentro de otra reflexión relativa al contexto socioeconómico en el cual se inscribían las dinastías familiares. Más relevante aquí resulta el que todos estos estudios tomen como punto de partida, conforme a los cánones de la prosopografía, un grupo profesionalmente homogéneo.<sup>17</sup> Por otra parte, sin encerrarse sistemáticamente dentro de un esquema único, todos estos estudios abordan, finalmente, de una u otra forma, aspectos muy parecidos que se pueden agrupar en torno a cuatro temáticas fundamentales. La primera consiste en la atención prestada al contexto socioprofesional, o sea al espacio preciso donde se realiza el éxito

---

<sup>16</sup> Muchos de los estudios sobre la élite colonial han seguido esta orientación. Al ser imposible citar una bibliografía tan extensa, nos limitaremos aquí a enumerar algunas referencias significativas de esta orientación. Un gran clásico de esta línea de análisis es el trabajo de J. Kicza cuyo estudio relativo a la élite de la ciudad de México empieza con un análisis relacionado con la constitución de dicha élite. Inevitablemente, dedica páginas a la definición familiar del grupo y a las estrategias que supone esta dimensión familiar. J. Kicza, *Empresarios coloniales, familias y negocios en la ciudad de México durante los Borbones*, México, FCE, 1986. Más recientemente, en su estudio sobre los mineros zacatecanos del siglo XVIII, F. Langue dedica la segunda parte de su trabajo al marco familiar sobre el cual se fundamenta la dinámica de ascensión social. De manera muy relevante, titula el capítulo 6: «Les dynasties à l'épreuve du temps». F. Langue, *Mines, terres et société à Zacatecas (Méxique), de la fin du XVIIIème siècle à l'Indépendance*, París, Publications de la Sorbonne, 1992. En cuanto a los estudios de casos relativos a grupos familiares tomados como expresiones de la dinámica del grupo elitista, se pueden citar los trabajos de M. Vargas-Lobsinger, *Formación y decadencia de una fortuna, los mayorazgos de San Miguel de Aguayo y de San Pedro del Álamo, 1583-1823*, México, UNAM, 1992; y R. F. Brown, *Juan Fermín de Aycinena, Central American Colonial Entrepreneur 1729-1796*, University of Oklahoma Press, Norman y London, 1997.

<sup>17</sup> Casi todos los estudios realizados sobre las familias de la élite colonial delimitan al grupo a partir de este tipo de criterio, ya sea como comerciantes -S. Socolow, C.R. Borchart de Moreno, L.S. Hoberman, J. R. Booker, C.A. Mazzeo-, mineros -D. Brading, F. Langue, P.L. Hadley-, burócratas de diversa índole, tanto municipal como real -S. Socolow, L. Arnold, M. Burkholder y D. Chandler, M. Bertrand, H. Pietschmann, S. Weber, J. Meisner, A.I. Martínez Ortega-, empresarios -J. Ortiz de la Tabla Ducasse, J. Kicza. Entre las escasas excepciones está el caso de la nobleza estudiada por D. Ladd, H. Nutini o R.M. Stabili, aunque su identificación como plutócratas, según el esquema de D. Ladd, remite obviamente a una definición de corte socioeconómico más que jurídico. Otra excepción es el enfoque de J. P. Zúñiga quien fundamenta su estudio de la élite santiagueña en su origen étnico-geográfico. J. P. Zúñiga, *Les Espagnols d'Outre-mer, émigration, reproduction sociale et mentalités à Santiago du Chili au XVIIème siècle*, Florence, Institut Universitaire de Florence, 1995.

condicionante del ascenso social esperado. Esta perspectiva supuso llevar a cabo una reflexión sobre la dimensión familiar de la actividad profesional, lo cual supone, entre otras cosas, medir la importancia de la endogamia socioprofesional así como la reproducción profesional dentro de este contexto familiar. Otro tema relevante, dentro de este mismo enfoque, es el estudio de la traducción patrimonial del ascenso social. Tarde o temprano, esta temática lleva necesariamente a la consideración de la dimensión familiar de esta cuestión mediante el estudio de las conformaciones y adaptaciones de los patrimonios así como de su transmisión a los descendientes ya sea en términos de dotes o herencias, hayan o no constituido mayorazgos.

Este último aspecto significa también tomar en cuenta los fracasos de estos relevos generacionales, sean estos por disensiones familiares o por excesivos gravámenes sobre los patrimonios. Una tercera reflexión, casi siempre desarrollada dentro de este planteamiento, lleva a considerar la dimensión familiar del ascenso social logrado, ya que los beneficios obtenidos repercutían sobre el conjunto de sus miembros. En este sentido, la familia viene a ser una baza decisiva en el logro del éxito concretado por enriquecimiento o promoción social, lo cual casi automáticamente remite al tema de las estrategias sociales y más concretamente al de las alianzas matrimoniales. Dentro de esta misma problemática es necesario tomar en cuenta también la preocupación por asegurar a los miembros del grupo protecciones y protectores con el fin de garantizar la estabilidad del colectivo familiar. Todo lo cual remite, después de la dimensión propiamente material del ascenso logrado, a su contenido inmaterial, cuya importancia es unánimemente subrayada. Una última temática sería, entonces, el estudio de la traducción mental del ascenso social o, más globalmente, la pertenencia a la élite que se traduce en comportamientos muy caracterizados y claramente identificables. Unos, se refieren al aspecto religioso de esta identidad social —con una adhesión extrema a la llamada, después de M. Vovelle, religiosidad barroca—, otros, a sus manifestaciones sociales —mediante una atención prestada al papel de redistribución de las riquezas mediante una generosidad social polifacética—, y otros, a cuestiones de orden sociocultural como la mayor o menor receptividad de las novedades intelectuales o el tema de la importancia acordada al ocio como estilo de vida.

De forma que las temáticas aquí resumidas asociaron muy estrechamente las aventuras o trayectos individuales con la dimensión familiar de una identidad social muy claramente identificada y fundamentada sobre su base socioeconómica y socioprofesional. Por otra parte, cabe subrayar también que, al considerar la importancia del espacio familiar, la estructura acordada a esta institución social fue la de una realidad compleja: aunque se partía de su forma nuclear, lo que predomina dentro de todos estos estudios relativos a la élite colonial fue la familia de tipo patriarcal, que prestaba gran atención a la coresidencia capaz de asociar, bajo un mismo techo, a varias generaciones de familiares así como a parientes, dependientes y domésticos. Por ello, fue partiendo de este grupo familiar amplio —correspondiente al modelo familiar identificado como propio de las élites latinoamericanas— que fueron estudiadas las relaciones mantenidas entre los individuos miembros del grupo.<sup>18</sup> De

---

<sup>18</sup> El modelo familiar de estos trabajos corresponde al que fue identificado como propio del sistema relacional entre las élites coloniales por D. Balmori, S. F. Voss y M. Wortman, **Notable Family Network in Latinamerica**, Chicago y Londres, The University of Chicago Press, 1984 (en especial el capítulo 1: «The family Network»).

esta reconstrucción de un grupo social, en base a una estructura familiar considerada como propia, surge una primera observación relativa a la valoración positiva que presupone toda relación familiar. Sea cual fuera su calidad o su contenido, su fuerza o su estrechez, esta relación se traduce «naturalmente» en términos de solidaridad. Sin embargo, tal perspectiva supone ignorar la fuerza y la frecuencia de los conflictos familiares que, frecuentemente, se caracterizan por su máxima violencia y hasta a veces su extrema dilatación temporal ya que no es raro que se transmitan de generación en generación. Otra observación remite al hecho de que esta concepción amplia de la familia incitó a desatender todas las otras formas de solidaridades que pudieran darse fuera de la estructura familiar y que, no por eso, pueden considerarse secundarias. De hecho, algunas de estas relaciones —de edad, de género, de amistad, de afinidad espiritual, de cercanía profesional...— pueden, en ciertos contextos muy concretos, ser tanto o más importantes que las solidaridades familiares. De forma que, a pesar de sus aportes fundamentales, la reflexión sobre las élites sociales llevada a cabo desde una perspectiva familiar dominante cuando no exclusiva no consigue presentar una visión plenamente satisfactoria de la estructuración social.

Conforme a la definición propuesta por G. Duby en 1974, otro de los temas abordados por la historiografía americanista fue la identificación de los grupos sociales a partir de una reflexión relativa a mentalidades y comportamientos capaces de expresar actitudes, decisiones, aspiraciones y deseos específicos de estos actores colectivos. Para el caso de las élites coloniales, los estudios tomaron en cuenta los códigos sociales a los que se adherían sus miembros, entre los cuales ocupó un papel central el código del honor.<sup>19</sup> Dentro de la cultura hispánica propia de este grupo social, la cuestión de la pureza de la sangre expresó, paulatinamente y de manera casi obsesiva, la esencia de su identidad. Si en América dicha obsesión tomó en gran parte un contenido peculiar comparado al que se le acordó en la metrópoli, no cabe duda que en las colonias esta cuestión también cobró gran importancia en el contexto familiar.<sup>20</sup> Al mismo tiempo, esta historiografía se centró en el tema del desigual respeto que los distintos grupos sociales profesaron a las normas impuestas por la Contrarreforma católica. Una sociedad surgida de la conquista y la colonización, cuya justificación consistía especialmente en su acción evangelizadora, la cuestión religiosa no dejó de tener una importancia capital. Lo relevante aquí es que gran parte del respeto a estas normas cristianas, impuestas a la sociedad colonial, tuvieron su expresión predilecta dentro del marco familiar. Todo lo referido al tema de la reglamentación del matrimonio así como al de la moral conyugal que se pretendió imponer a partir del Concilio de Trento contribuyó a dibujar un modelo familiar que se consideró como el único válido.

---

<sup>19</sup> B. Bennisar, *L'homme espagnol, attitudes et mentalités du XVIème au XIXème siècle*, Hachette, Le temps et les Hommes, 1975; J. A. Maravall, *Poder, honor y élite en el siglo XVII*, Madrid, Siglo XXI, 1979.

<sup>20</sup> Una buena expresión del contenido familiar de esta concepción del honor reside en las dispensas solicitadas por los candidatos al matrimonio así como en los pleitos presentados ante los tribunales eclesiásticos relativos a conflictos entre padres e hijos en lo que a matrimonios se refiere. P. Seed, *Amar, honrar y obedecer en el México colonial, conflictos en torno a la elección matrimonial, 1574-1821*, México, Alianza Editorial/ Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/ Editorial Patria, 1991 (1ª edición en inglés: 1988); A. Lavrín (ed.), *Sexuality and Marriage in Colonial America*, Lincoln-Londres, Univ. of Nebraska Press, 1989, y muy especialmente la contribución de S. Socolow; R. MacCaa, «Calidad, Clase and Marriage in Colonial Mexico: the Case of Parral, 1778-1790», *Hispanic American Historical Review*, n° 64, 1984, pp. 477-501; F. Langué, «Le cercle des alliances, stratégies d'honneur et de fortune des aristocrates vénézuéliens au 18<sup>ème</sup> siècle», *Annales, Histoire Sciences Sociales*, marzo-abril 1999, n° 2, pp. 453-480.

Desde estas perspectivas, la reflexión relativa a la identificación de las prácticas sociales propias de un grupo elitista, se enmarcó dentro de la estructura familiar amplia definida anteriormente. Por otra parte, cabe también insistir en lo que puede ser considerado el carácter general de estas reflexiones. A pesar de las sugerencias nacidas de planteamientos provenientes de la antropología histórica y propugnada por la corriente de los *Annales*, esta línea no se profundizó sistemáticamente. De esta doble orientación, los trabajos del «Seminario de historia de las mentalidades» del INAH constituyen una excelente expresión de lo que vino a ser, desde finales de los setenta, una temática cada vez más importante dentro de la historiografía americanista. En este sentido, la publicación de los trabajos presentados en el Tercer Seminario de Historia de las Mentalidades sobre los planteamientos centrados sobre la familia se revela muy significativa.<sup>21</sup> Aquí se pone de manifiesto el desfase entre la orientación o la reflexión propuesta en la introducción por S. Alberro en la identificación del espacio familiar y el contenido acordado a este mismo espacio por casi todos los textos reunidos. De manera extensiva, S. Alberro propone una definición abierta de la familia, capaz de integrar sistemas relacionales que no se limiten a una estructura definida *a priori*:

«Tampoco la Familia puede reducirse a una definición [...] ya que este vocablo abarca realidades muy distintas siendo por tanto imprescindible considerar aquí como familia a cualquier grupo o sector que reivindique serlo.»<sup>22</sup>

A modo de remate, más adelante, precisa:

«La originalidad y superioridad de la familia están en los instrumentos que utiliza para lograr sus fines: la alianza o el rechazo, la endogamia o la exogamia, la legitimidad o la ilegitimidad, la abundancia y variedad de la descendencia y del linaje, la sociabilidad amplia por la que se integran, a través del parentesco espiritual o los lazos de clientelismo, fuerzas nuevas al núcleo central.»<sup>23</sup>

A pesar de estas propuestas, tan radicales como novedosas, que subrayan la temprana toma de conciencia sobre la necesidad de no encerrarse en una definición estrechamente jurídica o residencial de la familia, no deja de ser relevante que casi todos los textos reunidos conceden a la familia un contenido mucho más restringido del aquí señalado. Algunos de ellos consideran a la familia como una estructura nuclear definida a partir del matrimonio antes de ampliarla, tomando en cuenta las alianzas que lo acompañan inevitablemente, al ser entonces todo casamiento una asociación entre dos familias. Otros se interesan por la familia de tipo patriarcal al considerar al grupo familiar como un sistema de parentesco que se fundamenta a la vez en la existencia de lazos familiares extensos<sup>24</sup> o en la coresidencia.<sup>25</sup> De forma que, a pesar de un planteamiento que inicialmente pretendía proponer una reflexión

<sup>21</sup> **Familia y Poder en Nueva España. Memoria del Tercer Simposio de Historia de las Mentalidades**, México, INAH, 1991.

<sup>22</sup> *Ibid.*, p.9. Subrayado de la propia autora. Sin embargo, a pesar del énfasis puesto aquí en la necesidad de salir de un marco demasiado estrecho, esta propuesta radical de definición de la familia, muy extensiva, no deja de plantear, ella misma, nuevos problemas y dificultades al suprimir toda referencia jurídica a lo que es, antes que nada, una «institución» de la sociedad humana.

<sup>23</sup> *Ibid.*, p. 10.

<sup>24</sup> J. Kicza, «El papel de la familia en la organización empresarial en la Nueva España» *Ibid.*, pp. 75-76.

<sup>25</sup> J.P. Viqueira, «Las grandes familias novohispanas: poder político y condiciones económicas», cit., pp. 125-126.

más amplia del tema familiar, el objeto de análisis en la mayoría de los trabajos se atuvo a reflexionar sobre un espacio social identificado como el del parentesco, al que varios de ellos califican como un sistema de «redes».

De esta orientación, dominante desde hace unos treinta años, da constancia la reciente síntesis sobre la familia en la historia colonial mexicana de P. Gonzalbo Aizpuru.<sup>26</sup> Destaca la importancia social de esta institución como elemento estructurador de la sociedad colonial así como su incidencia sobre la formación y el funcionamiento de los grupos sociales, dedicando su análisis tanto a las prácticas, colectivas e individuales, como a las normas asociadas al modelo familiar impuesto en la colonia. Aunque este trabajo tome en cuenta al conjunto de la sociedad colonial y no solo a su élite, esta última vino a ocupar un espacio importante, por el simple hecho de su presencia predominante en las fuentes utilizadas. Lo que se propone entonces aquí es una historia de las relaciones entre la vida privada y la pública, capaz de abarcar desde los comportamientos demográficos hasta las mentalidades pasando por la dimensión social prestando atención tanto al respeto de las normas como a las desviaciones. A lo largo del trabajo, la estructura familiar considerada al abordar el estudio de las élites es, conforme a los estudios de los que se propone aquí una síntesis, su definición patriarcal a la que se califica en varias oportunidades como una «red de parentesco».

En este sentido, al igual que el análisis relativo a las dinámicas sociales, la reflexión desarrollada por la llamada historia de las mentalidades sobre las élites coloniales hispanoamericanas también centró su atención sobre la estructura familiar amplia identificada como patriarcal. Y, a pesar de sus aportes, que no dejan de ser determinantes para el conocimiento de las élites coloniales, dichas orientaciones dejan vacíos campos cuyo interés ha sido subrayado por la antropología de la familia. Primero, porque la definición propuesta para la identificación de la familia, de cierta forma impuesta por los propios documentos utilizados —se trate de registros parroquiales o de fondos notariales—, no agota la reflexión en torno a lo que podría llamarse un sistema relacional. En estas fuentes, la familia que surge de inmediato es, más que nada, la familia nuclear o sea la que tiende a ser la única autorizada o reconocida tanto por la Iglesia como por el poder político. Segundo, lo que estas mismas fuentes ofrecen es la posibilidad de reconstruir las relaciones de parentesco entre las distintas estructuras nucleares, lo que encamina el análisis hacia una visión patriarcal de la familia. Sin embargo, cabe preguntarse: ¿ambas estructuras familiares son excluyentes de otras formas de sociabilidad en el mundo de las élites hispanoamericanas? Partiendo de la definición del vocablo «familia» dada por Covarrubias, se puede considerar que las dos formas tomadas mayoritariamente en cuenta por la historiografía no restituyen ni la complejidad ni la riqueza de lo que constituían los sistemas relacionales de la élite colonial.<sup>27</sup> Dicho de otro modo, estos análisis descuidan las formas de solidaridad o las formas relacionales que no se inscriben necesaria o completamente dentro de un marco familiar. Es decir, no toman en cuenta las relaciones sociales que no se inscriben dentro de una forma claramente ritualizada por la sociedad y no por ello ocupaban un papel secundario. Tal sería por ejemplo el caso de las relaciones de compadrazgo, de gran complejidad y variedad de forma, de clientelismo, de amistad o de colaboración económica. Otra observación: la familia, sea cual fuere su estruc-

<sup>26</sup> P. Gonzalbo Aizpuru, *Familia y Orden Colonial*, México, 1998.

<sup>27</sup> Según Covarrubias, la «familia» debía entenderse como un grupo constituido en base a la sangre, el nombre y el linaje compartido por todos sus miembros y en base a una solidaridad nacida de relaciones tan estrechas como las antecedentes que él asimilaba a la coresidencia, la dependencia y el sistema de patronazgo.

tura, no era siempre o sistemáticamente un espacio de solidaridad. Dejando aquí de lado la cuestión de los conflictos familiares, las propias debilidades familiares podían imponer la búsqueda fuera de ella de apoyos que no se conseguían dentro. En otras palabras, la familia no tenía ningún monopolio en cuanto a sociabilidad se refiere.<sup>28</sup> Para terminar, cabe aquí también subrayar que el planteamiento de tipo estructural dominante no permite tomar siempre en cuenta las evoluciones de las relaciones entre los individuos. No permite, por ejemplo, observar la transformación y el paso de las relaciones no familiares a relaciones de tipo familiar, lo que no era excepcional, ni tampoco medir el impacto de las rupturas y los enfrentamientos dentro de un sistema relacional. En este sentido, se puede considerar que la historiografía de las élites hispanoamericanas, al reflexionar sobre sus modos de sociabilidad centrados en la familia patriarcal, ha sobrevalorado el papel de una entre las diversas formas que pudieron tomar. Y, por el contrario, ha desatendido otras formas de sociabilidad, indudablemente menos estables, menos ritualizadas en algunos casos, y no tan directamente asequibles en las fuentes habituales de la historia de la familia pero no por ello menos importantes.

\*

Las reflexiones suscitadas al examinar la historiografía de las élites hispanoamericanas no presentan, en sí, ninguna originalidad o especificidad ya que corresponden a interrogantes y debates surgidos, desde tiempo atrás, fuera del campo americanista. Estos se centraron sobre la pertinencia y el alcance de un análisis histórico-construido en base a planteamientos fundamentados en el paradigma «annalista» de la historia social. Desde hace unos veinte años, las críticas dirigidas a esta corriente historiográfica se han ido multiplicando desde horizontes muy diversos.<sup>29</sup> Y es quizás en el campo de la historia social donde el debate se ha mantenido con más vigor. Dentro de una reflexión que ha tomado todo su relieve al servir de argumento a dos editoriales de *Annales* antes de traducirse en el cambio de su subtítulo,<sup>30</sup> bastará con ofrecer dos ilustraciones muy explícitas de su contenido. El primero está en el análisis crítico que Maurizio Gribaudi hace del trabajo de A. Daumard sobre *Les bourgeois de Paris au XIX<sup>ème</sup> siècle*.<sup>31</sup> Entre varios cuestionamientos, subraya que esta forma de reconstrucción del campo social, fundamentada en un planteamiento de tipo macro-analítico que implica una definición de los grupos sociales según un criterio esencialmente socioeconómico, compete a una retórica narrativa y sintáctica disimulada por el recurso al método cuantitativo. En la misma dirección apuntan las reflexiones de S. Cerruti quien subraya, muy especialmente, las limitaciones de una reconstrucción elaborada a partir de criterios exteriores a los

---

<sup>28</sup> En una reflexión sobre las relaciones de amistad, M. Aymard escribe muy acertadamente: «Entre la famille et le reste de la société, et pour l'individu en dehors de la famille et, le cas échéant contre elle, les médiations, les intermédiaires et les recours n'ont jamais manqué. [...] La famille n'épuise pas la sphère du privé, ni celle de l'affectivité, ni même celle de la formation de la personnalité.» M. Aymard, «Amitié et convivialité», op. cit., pp. 455-456.

<sup>29</sup> F. Dosse, *L'histoire en miette, des Annales à la «nouvelle histoire»*, París, La Découverte, 1987.

<sup>30</sup> «Histoire et sciences sociales: Un tournant critique», *Annales*, E.S.C., marzo-abril 1988, n° 2 y nov-dic. 1989, n° 6.

<sup>31</sup> M. Gribaudi, «Echelle, pertinence, configuration», en J. Revel, *Jeux d'échelles, la micro-analyse à l'expérience*, pp. 115-120.

propios actores sociales considerados.<sup>32</sup> Insiste sobre todo en la relativa pertinencia de las categorías estrictamente socioeconómicas o socioprofesionales al momento de considerar el funcionamiento interno de un grupo social, observaciones que tienden a limitar radicalmente el interés de los resultados conseguidos a partir de un análisis elaborado en base a los criterios habituales de la prosopografía.<sup>33</sup> Dicho de otro modo, ella considera que los resultados obtenidos no son sino artefactos que resultan de la organización impuesta por el historiador a la realidad social. Al contrario, y retomando las propuestas hechas desde tiempo atrás por la antropología histórica, pregona la importancia de criterios de clasificación social definidos por la propia sociedad en base a referencias totalmente distintas a las hasta ahora consideradas por el método prosopográfico. Concluye, entonces, en el interés de abordar a la sociedad no tanto en función de categorías externas —lo propio del análisis prosopográfico tradicional— sino más bien partiendo de las propias jerarquías que operaban dentro de dicha sociedad como podían serlo, entre otros, grupos de edades o solidaridades de género... La finalidad de este tipo de planteamiento viene a ser finalmente doble. Por una parte, subraya la necesidad de la reintroducción del actor social dentro del análisis histórico y, más concretamente aquí, en lo que a las construcciones de las identidades sociales se refiere. No se trata, en este retorno del sujeto histórico, de negar el peso de las estructuras, tanto sociales como socioeconómicas. Lo que se pretende es alcanzar las interacciones continuas entre los individuos y los contextos sociales en los que se encuentran inmersos. De allí el hecho de que, en última instancia, el objetivo final no reside tanto en la identificación de una estructura social —paso previo que sigue siendo indispensable— sino más bien en la dinámica interna que afecta a dicha estructura.

En el campo americanista, estas observaciones dirigidas a los planteamientos dominantes dentro de la historiografía de la reconstrucción de los grupos sociales han hecho surgir desde hace un decenio nuevos enfoques susceptibles de enriquecer los acercamientos hasta ahora desarrollados. La renovación historiográfica en curso ha conocido uno de sus terrenos de predilección en la historiografía de las élites coloniales aunque este campo no fuera, ni mucho menos, el único para su aplicación. Más concretamente, esta se manifiesta al traspasar el papel central acordado anteriormente a la familia —y muy especialmente en su forma patriarcal, como se ha podido comprobar— a las llamadas redes sociales. Sin desatender el impacto de un simple fenómeno de moda en la utilización de un concepto hoy en vías de generalización, es interesante llevar a cabo una reflexión sobre los eventuales aportes de esta nueva noción a la historiografía de las élites americanas. Cabría por ejemplo preguntarse acerca del *plus* que supone su utilización en relación a los resultados obtenidos a partir de los estudios centrados en la sola dimensión familiar. ¿No se limita este enfoque, en muchas ocasiones, a una utilización metafórica del concepto? También cabría preguntarse sobre las bases teóricas que supone esta forma de llevar a cabo la reflexión sobre las élites coloniales.

---

<sup>32</sup> S. Cerruti, «La construction des catégories sociales» en J. Boutier y D. Julia, *Passé Reconstitué, camps et chantiers de l'Histoire*, p. 225 y ss.. Es muy significativo que esta obra colectiva se presente precisamente como el balance de la producción historiográfica realizada desde la publicación del manifiesto «annalista» de 1974, o sea por la generación anterior a los historiadores aquí reunidos. Lo que esta obra pretende es poner de relieve los nuevos caminos abiertos desde aquella fecha, distinguiéndose por lo tanto de los senderos recorridos masivamente desde aquellos años.

<sup>33</sup> Sobre este método que pretende elaborar «biografías sociales o colectivas» (expresión de A. Daumard), véase L. Stone, *El pasado y el presente*, México, F.C.E., 1986.

¿Qué métodos, qué planteamientos y eventualmente qué tipo de fuentes es necesario movilizar para desarrollar estos análisis?

Sin pretender contestar a todas estas preguntas,<sup>34</sup> no parece del todo inútil delimitar en un primer momento el contenido que generalmente se le da a este concepto que los historiadores tomaron recientemente de la microsociología, que lo venía utilizando desde hace medio siglo. De manera quizás un poco esquemática pero esclarecedora, se puede otorgar a la red un triple contenido. Primero, su contenido morfológico: la red es una estructura constituida por un conjunto de puntos y líneas que materializan lazos y relaciones mantenidas por un conjunto de individuos. Segundo, su contenido relacional: la red es un sistema de intercambios que permite la circulación de bienes y servicios. Tercero, la red consiste en un sistema sometido a una dinámica relacional regida por un principio de transversalidad de los lazos y susceptible de movilizarse en función de una finalidad precisa. Se puede definir entonces a la red social como un complejo sistema relacional que permite la circulación de bienes y servicios, tanto materiales como inmateriales, dentro de un conjunto de relaciones establecidas entre sus miembros, que los afecta a todos, directa o indirectamente y muy desigualmente.

Esta definición, muy amplia, implica para el historiador el reto de reconstruir estructuras en ciertos casos muy extensas y por lo tanto muy difíciles de captar en su totalidad. Abandonando entonces la idea de una reconstrucción exhaustiva, lo que se pretende alcanzar es generalmente una identificación de redes parciales en base a las cuales se pueden identificar las lógicas relacionales y de intercambio que transitan a través de la red. Desde esta perspectiva, la red social viene a ser una herramienta al servicio de un planteamiento de corte microhistórico. Conforme al análisis llevado a cabo por G. Levy en torno a la sociedad del pueblo de Santena, el análisis en términos de redes revela que:

«des logiques relationnelles sous-jacentes dans une société donnée, alors qu'en apparence il ne s'y passe rien de particulier.»<sup>35</sup>

Los enfoques rápidamente presentados aquí profundizan las reflexiones desarrolladas por la llamada antropología histórica de la familia. Esta considera al campo familiar como un espacio social cuya estructura deja de ser una preocupación central. Su objetivo viene a ser entonces la reconstrucción de los sistemas relacionales mantenidos por los actores sociales entre los cuales entran, desde luego, el sistema familiar aunque no de forma exclusiva ni dominante. Como lo escribió C. Klapish-Zuber, la familia por ella considerada se definía entonces no tanto como una estructura sino como un espacio antropológico.<sup>36</sup> En esta perspectiva, el enfoque de la antropología histórica de la familia abrió paso al estudio de los comportamientos individuales dentro del espacio familiar así como el de sus dinámicas

---

<sup>34</sup> Estas reflexiones fueron expuestas en el seminario de un grupo de trabajo de la M.S.H. (París) llamado «groupe réseau» y coordinado por Z. Moutoukias que en breve desembocará en una publicación colectiva. Por otra parte, nuestras propias reflexiones al respecto han dado luz a un artículo propuesto a la *Revista Mexicana de Sociología*. M. Bertrand, «De la familia a la red de sociabilidad», (de próxima publicación).

<sup>35</sup> G. Levi, *Le pouvoir au village, Histoire d'un exorciste dans le Piémont du XVIIIème siècle*, París, Gallimard, 1985.

<sup>36</sup> C. Klapish-Zuber, *La maison et le nom. Stratégies et rituels dans l'Italie de la Renaissance*, París, Editions de la Maison des Sciences de l'Homme, 1990.

internas y las relaciones mantenidas fuera de este mismo espacio según los contextos en los que se encontraban envueltos. Dicho de otro modo, los planteamientos de la antropología histórica de la familia así como el análisis microhistórico tuvieron en común el dejar atrás el estudio de las relaciones sociales —y muy especialmente el de las relaciones familiares—, en términos de estructura, para resaltar las distancias entre las prácticas sociales en relación a las normas imperantes. En el caso de las élites americanas, estos enfoques han originado una corriente historiográfica muy abundante dedicada prioritariamente al estudio de la vida privada.<sup>37</sup>

Teniendo en cuenta esta correlación de planteamientos cabe entonces reflexionar sobre el aporte que el análisis en términos de redes sociales puede significar en relación a la antropología histórica de la familia en el caso de la élite colonial. De cierta forma, el concepto de red introduce un elemento de análisis suplementario. Al no limitarse al espacio familiar, sea cual fuere su estructura o su extensión, permite incluir en el análisis de los grupos sociales a entidades más amplias, no siempre institucionalizadas y hasta a veces informales, cuando no temporales. Desde esta última perspectiva, el concepto de red social viene a ser una herramienta fundamental capaz de permitir la aprehensión de la complejidad de las realidades y las relaciones sociales, sin por ello imponer la necesidad de una definición *a priori* de un grupo social, sean cuales fueren sus características.

A pesar de que el concepto de red social presenta un interés evidente para el análisis de la sociedad, su utilización, hoy en día casi sistemática cuando no intempestiva, no deja de necesitar algunas aclaraciones relativas al uso —o quizás el desuso— de un concepto en términos más metafóricos o retóricos que operativos. De hecho, el concepto de red ha conocido un uso tradicional al tomar un significado común que sobreentiende la existencia de relaciones entre un grupo de individuos sin por ello proponer un análisis de estas mismas relaciones. Al hablar de «red de comerciantes», «red de poder», «red intelectual», etc., a lo que se alude, más que nada, es a la existencia de una comunidad o identidad de intereses. Más aún, lo que estas expresiones comunes implican es la existencia de relaciones concretas, ya sean regulares o puntuales. Sin embargo, muchos de los estudios que recurren a este tipo de análisis, no plantean la cuestión de la naturaleza de estos lazos, ni sus modos de funcionamiento, ni su variabilidad y ni siquiera las configuraciones movedizas y cambiantes que toman estas redes.

Más allá de este uso tradicional del concepto de red, éste a veces encubre un análisis que en realidad no adelanta mucho más allá de una historia familiar apenas ampliada. De esta orientación parece particularmente reveladora la expresión, no tanto contradictoria sino sobre todo restrictiva, de «red de parentesco». En la mayoría de los casos, la «red» considerada se reduce, en realidad, a su componente familiar expresado en términos de linaje o parentela. En este sentido, este uso del concepto deduce de la existencia de una relación de tipo familiar la participación, casi automática, dentro de una «red» sin plantearse siempre la cuestión de la naturaleza, intensidad, contenido y variabilidad de esta relación. Finalmente, presupone, contra toda evidencia, que toda relación familiar implica la existencia de lazos de solidaridad. Por lo tanto, a través de esta segunda acepción, la «red» viene finalmente a constituir una mera transposición idiomática, al desbautizar el «linaje» sin mo-

---

<sup>37</sup> La gran mayoría de los estudios relativos a las élites coloniales incluyen, de una u otra forma, este tipo de análisis llevado a cabo, muy frecuentemente, desde una perspectiva de la historia de las mentalidades.

dificar radicalmente la estructura identificada ni el fenómeno estudiado. En muchos casos, la «red de parentesco» viene a ser una reconstrucción genealógica a la que se añade una reconstrucción de los sistemas de parentesco. En otros términos, el concepto de «red» no constituye un enriquecimiento significativo en relación a los planteamientos centrados en la historia familiar.

El último uso metafórico del concepto de red es el que presupone, sea cual fuere el marco considerado, que todo lazo identificado, por ser ritualizado, presupone la existencia de una relación de solidaridad. Más aún, este enfoque descarta implícitamente toda relación que no fuera de solidaridad. Además de no considerar la importancia —muchas veces fundamental— de las relaciones conflictivas en las configuraciones de los sistemas relacionales, significa también descuidar la diferencia entre un lazo y una relación: mientras el primero remite a la estructura, o sea a la dimensión morfológica de la red, la segunda repercute en la dinámica que circula dentro de la estructura. Esta distinción fundamental significa que todos los lazos no se traducen ni siempre ni sistemáticamente en términos de relaciones, lo cual abre paso a la existencia de «estructuras adormecidas» que pueden, sin embargo, ser reactivadas en todo momento por cualquier miembro de la red según las necesidades impuestas por el contexto. Esto último pone de relieve precisamente lo que constituye la especificidad del análisis en términos de redes, o sea la toma en cuenta de lo coyuntural y de la capacidad de los actores sociales para responder, a partir de la comprensión de que hacen gala en dicho contexto, de poner en marcha las respuestas que consideren adecuadas.

Fuera de estas utilizaciones restringidas de la herramienta, el concepto de red social ha contribuido desde hace algunos años a renovar y enriquecer el análisis de la sociedad elitista colonial. Los primeros trabajos de esta índole han abierto camino quizás empíricamente aunque con resultados significativos. Tal es el caso de algunos estudios relativos a las luchas de poder dentro de la élite colonial. En la observación de los círculos de poder en Guadalajara, Thomas Calvo no se limita a la necesaria aunque insuficiente reconstrucción del amplio grupo familiar.<sup>38</sup> De manera sistemática, toma en cuenta a los individuos externos a los grupos de parentesco estudiados —incluyendo en este círculo a los hijos ilegítimos que ocupan un espacio que les es plenamente reconocido— aunque obviamente integrados a las estrategias de poder analizadas. Con lo cual se hace posible reconstituir las redes de intervención política cuyo radio de acción se desarrollaba mucho más allá de la capital administrativa donde residían ambas «familias» enfrentadas. El concepto de red utilizado aquí viene entonces a ofrecer una estructuración de un espacio mucho más amplio de lo que permitiría un análisis limitado al espacio estrictamente familiar ya que, si ambos grupos estaban centrados en el espacio regional de Nueva Galicia, sus contactos relacionales se extendían mucho más allá al encontrarse algunos en Zacatecas, otros en México, Puebla y otros ¡en Campeche! De forma que la reconstrucción de la red social de los Vera y los Baeza, no solo toma en cuenta aliados, amigos cercanos y allegados o paniaguados sino sobre todo incluye a todos aquellos que ocupaban un papel estratégico de intermediarios.<sup>39</sup> Este ejemplo tapatío ilustra de ma-

---

<sup>38</sup> T. Calvo, «Etude des cercles de pouvoir à Guadalajara au 17<sup>ème</sup> siècle», *Familia y Poder en Nueva España...*, *op. cit.*, pp. 103-115.

<sup>39</sup> Sobre esta cuestión fundamental de los intermediarios, C. Windler, «Gérer les réseaux, intermédiaires indépendants et agents de la noblesse seigneuriale», en J. M. Castellanos y J.P. Dedieu (dirs.) *Réseaux, familles et pouvoirs dans le monde ibérique à la fin de l'Ancien Régime*, París, Editions du CNRS, 1998.

nera muy clara que una «red» no se reduce al parentesco sino que se extiende mucho más allá. Y el concepto de red permite tomar en cuenta, precisamente, ese «más allá».

Lo mismo ocurre con un estudio relativo a las rivalidades de poder en el Cuzco a principios del siglo XVIII.<sup>40</sup> Mediante la disección de las luchas de influencia entre un representante del poder central y el jefe de una potente familia local, Bernard Lavallé consigue observar:

«non point la rigueur normative des principes proclamés mais [...] le fonctionnement des pouvoirs locaux, le jeu corrélatif de leurs réseaux d'influence, tantôt convergent, tantôt concurrents, leur subordination et la reconstruction des réseaux d'influence et leur possibilité d'autonomie éventuelle par rapport aux autres sphères de décisions en Amérique et en Europe.»<sup>41</sup>

En estas redes de poder, el papel de los parientes y aliados parece fundamental. Sin embargo, más allá del círculo estrictamente familiar, también entran dentro de la red de autoridades de alto rango en la estructura estatal, miembros de diversas instituciones locales como cabildos, tanto eclesiásticos como municipales, así como corregidores. Mas aún, ¡las redes consideradas incluyen hasta la gente de la calle que unos y otros manipulan según sus intereses! De forma que el espacio controlado por estas redes se extiende hasta el nivel imperial, al mantener contactos, mediante el aparato administrativo, con el entorno directo del rey. Lo que estas redes resaltan de nuevo es el papel central de todos aquellos que ocupan una función de intermediarios. Estos últimos coinciden aquí muy especialmente con los que detentan cargos administrativos a nivel regional, como corregidores, y a los que se añaden algunos comerciantes capaces de establecer, gracias a sus contactos profesionales, conexiones entre mundos que sin ellos difícilmente entrarían en contacto.

Los distintos grupos reconstruidos tanto por Thomas Calvo como por Bernard Lavallé constituyen, por lo tanto, verdaderas redes relacionales que cubren espacios mucho más amplios que los de una familia, por extensa que fuera. Entre estas redes, la familia, cuya identificación se funda más que nada en la proximidad, tanto afectiva como física mediante la coresidencia, ocupa un espacio fundamental aunque no siempre ni sistemáticamente central. Sin embargo, estos estudios confirman que la familia, sea cual fuere su estructura, no agota las estrategias relacionales de los actores sociales. Dentro de estas redes de poder, al lado de las relaciones estrictamente familiares intervienen varias otras formas relacionales, como la amistad, el clientelismo, el compadrazgo y hasta, en el ejemplo cuzqueño, el sentimiento amoroso.

En un campo distinto pero complementario, el enfoque en términos de redes ha contribuido a desplazar la observación relativa al aparato estatal a través de su indispensable dimensión institucional,<sup>42</sup> lo que podría considerarse como una antropología del poder.<sup>43</sup>

---

<sup>40</sup> B. Lavallé, *Le marquis et le marchand, les luttes de pouvoir à Cuzco (1700-1730)*, Bordeaux, Editions du CNRS, Coll. de la Maison des Pays Ibériques, 1987.

<sup>41</sup> *Ibid.*, p. 140.

<sup>42</sup> Los estudios de esta índole corresponden, fundamentalmente, a la orientación surgida desde la historia del derecho y su aplicación a las instituciones coloniales. Esta orientación tradicional y fecunda es suficientemente conocida para evitar multiplicar referencias ampliamente conocidas.

<sup>43</sup> Los estudios relativos a la corrupción dentro de la administración colonial han marcado el primer paso

Desde esta perspectiva, la reflexión sobre el personal administrativo de la Real Hacienda, considerado como un grupo a partir del cual es posible reconstruir un sistema relacional, ofrece una ilustración de esta orientación reciente.<sup>44</sup> Partiendo de un planteamiento construido desde la prosopografía, esta última permite, en un primer momento, identificar algunos caracteres relativos al funcionamiento de las élites político-administrativas coloniales.<sup>45</sup> Sin embargo, estas primeras conclusiones, por pertinentes que sean, pueden considerarse incompletas al dejar de lado la cuestión de las prácticas administrativas cotidianas. Más allá de esto, parece necesario ahondar en la reflexión del funcionamiento administrativo y conectarlo con las relaciones interpersonales que se organizaban dentro del marco administrativo. Sobre todo si se considera que, a pesar de la imposición de normas y reglas internas cada vez más exigentes y de modos de control siempre más severos y eficaces, el funcionamiento de esta administración no cambió radicalmente. Entender el desfasaje entre las normas promulgadas y la continuidad de las prácticas administrativas significa entonces tomar en cuenta la importancia del sistema relacional dentro de la burocracia colonial para entender su funcionamiento.

El concepto de red social viene a ser entonces una herramienta capaz de dar contenido y significado a observaciones que sin él quedarían en un nivel anecdótico traducido en el famoso «obedezco pero no cumplo». En este sentido, la puesta en relación de la red social con los abusos administrativos ofrece una comprensión mucho más amplia y profunda de las prácticas administrativas desde una perspectiva antropológica. Además, esta misma herramienta ofrece la posibilidad de una reflexión sobre las relaciones mantenidas entre el individuo, su sistema relacional y el aparato estatal. Al aplicar este enfoque al personal de la administración colonial, lo que se pretende es poner en evidencia las estrategias, tanto personales como colectivas, de aquellos hombres obligados a adaptarse a los cambios continuos de la política administrativa a lo largo del siglo XVIII que tendían a restringir su autonomía en el ejercicio del poder. Las redes, así puestas a la luz del día, ilustran sobre la complejidad del sistema relacional y sobre la dificultad de identificar a un individuo en base a criterios fijos independientemente del contexto en el que se desarrollara. En este análisis, la identidad social de un individuo se transforma de un dato fijo y definitivo en un fenómeno plural, temporal, susceptible de adaptaciones en función de los contextos variables que lo envuelven. En cuanto a la familia, si casi siempre ocupa algún espacio dentro de estas redes, lo importante es que la sociabilidad de cada actor no se reduce a ella. A pesar de su peso

---

de esta reflexión de tipo antropológico. Después de los planteamientos iniciales de J. Van Klaveren y de J. Vicens Vives en los años 60, se pueden citar, sin pretensión de exhaustividad, los nombres de J.L. Phelan, K. Andrien, B. Hamnet, S. Schwartz y más recientemente H. Pietschmann, E. Saguier, A.M. Brénot, T. Herzog o M. Bertrand.

<sup>44</sup> M. Bertrand, *Grandeur et misères de l'office. Les officiers de finances de Nouvelle-Espagne, 17<sup>ème</sup>-18<sup>ème</sup> siècles*, París, Publications de la Sorbonne, 1999. La problemática aquí desarrollada es parte de una investigación mucho más amplia relativa al personal administrativo y político del imperio español, coordinada por J.P. Dedieu, J.L. Castellanos y M.V. López Cerdón. Para el mundo colonial, se pueden citar las tesis doctorales de E. Sánchez, M. Augeron y C. Belaube a punto de finalizar y defenderse en la Universidad de Toulouse.

<sup>45</sup> Entre las principales conclusiones conseguidas desde este enfoque, se pueden citar la relativización de la rivalidad entre criollos y peninsulares, la política continua de toma de control del aparato administrativo por la metrópoli, la afirmación de la profesionalización y la especialización administrativa prolongada por la implementación de una carrera dentro del cuerpo administrativo. Varias de estas conclusiones vienen a reforzar los aportes anteriores relativos a otros cuerpos o sectores de la burocracia colonial como los propuestos por M. Burkholder y D. Chandler, S. Socolow o L. Arnold.

inegable, las relaciones familiares no aparecen ni como las más estables ni las más sólidas dentro del conjunto relacional reconstituido, sino como unas de tantas dentro de una gama relacional amplia. En el mismo sentido, la red social permite identificar las complementariedades entre lazos familiares y no familiares así como las eventuales contradicciones entre unos y otros. Por último, este enfoque también permite descubrir el espacio sóciogeográfico en el que se inscriben estas redes que juegan sobre escalas y temporalidades muy diversas al extenderse desde el nivel local al imperial. De forma que mediante el análisis de redes, aplicado al estudio del personal administrativo del estado colonial, se pretende desarrollar una doble problemática relativa tanto a la historia del aparato estatal como a las formas de sociabilidad de la élite colonial, que mantenía relaciones privilegiadas con el sistema del poder. Por otra parte, se puede considerar que la familia fue una de las estructuras sobre las cuales se fundamentó, en parte, la estabilidad estatal al tolerar durante largo tiempo el sometimiento de los intereses burocráticos a las aspiraciones familiares. Sin embargo, queda también claro que no menos importantes fueron las relaciones mantenidas por los mismos burócratas fuera de su entorno estrictamente familiar y, más generalmente, mediante relaciones establecidas fuera de toda institución social.

No tendría sentido oponer los estudios relativos a las élites coloniales realizados desde una perspectiva familiar y los que se fundamentan en el concepto de red social. Claramente, los segundos aparecen como los herederos de los estudios anteriores sobre los cuales se apoyan para construir y desarrollar sus propios planteos. En cierta forma, unos y otros corresponden a dos momentos historiográficos claramente identificables: mientras el primero es de corte estructuralista, el segundo corresponde más bien al regreso a primer plano del interés por la coyuntura y el actor individual. Sin embargo, estas observaciones de orden general e historiográfico no impiden subrayar tanto diferencias como semejanzas que pueden existir entre uno y otro planteo.

En cierta forma, el análisis de redes sociales aparece como una prolongación del análisis estructural desarrollado a partir de la familia. De hecho, para la época y los actores sociales considerados, las redes sociales reconstituidas se caracterizan por un sistema relacional dentro del cual la familia no deja de tener un rol muy importante aunque no sistemáticamente central, como se ha podido observar. Por otra parte, aunque desde tiempo atrás se ha subrayado la oposición fundamental que puede existir entre una historiografía fundamentada en la concepción «annalista» de los grupos sociales tal y como la definieron sus principales referentes y una visión nutrida de las reflexiones desarrolladas por los microhistoriadores italianos, esta visión no deja de ser algo esquemática y simplificadora. De hecho, existe una filiación muy marcada entre un planteamiento en términos de redes sociales y el que suscitó, desde la historiografía «annalista», la corriente de la antropología histórica. En muchos de los casos son las mismas fuentes las que se ponen a consideración en vista de contestar preguntas muy cercanas. También merece ser subrayado el hecho de que el análisis microhistórico, que supone llevar a cabo un planteamiento en términos de redes sociales, no se satisface de esta observación desarrollada a un nivel puntual. Como lo expresó tan acertadamente B. Lepetit, se trata aquí de llevar a cabo un «*jeu d'échelles*» comparable al método de trabajo del geógrafo.<sup>46</sup> Por lo tanto, a la observación de lo puntual —una red social— debe

---

<sup>46</sup> B. Lepetit, «De l'échelle en histoire», en J. Revel (dir.), *Jeu d'échelles, la micro-analyse à l'expérience*, Coll. Hautes Etudes, Paris, Gallimard-Le Seuil, 1996.

corresponder, en un segundo momento, una presentación de sus mecanismos de funcionamiento capaz de proponer conclusiones de orden más general. Es en este vaivén permanente entre los distintos niveles de análisis que se sitúa, precisamente, la originalidad del planteamiento microanalítico y su estrecha relación con la historia «annalista».<sup>47</sup>

Sin embargo, a pesar de su estrecha relación en términos de génesis epistemológica, ambos planteamientos se diferencian radicalmente por su concepción de la sociedad y del funcionamiento de los grupos sociales. Los trabajos que se fundamentan en un análisis de las sociedades y de los grupos sociales a partir de las familias consideran, implícitamente en la mayoría de los casos, que la definición socioeconómica del grupo prevalece sobre cualquier otro criterio de identidad. De esta forma, al estudiar a las familias de la élite, lo que ocupa un espacio central es la atención prestada a las estructuras socioeconómicas tales como el patrimonio familiar, tanto en su constitución como en su transmisión. De allí la importancia acordada a las estrategias familiares que constituyen uno de los medios de que se sirven las familias para la acumulación patrimonial. Lo mismo ocurre con lo referente a los símbolos que acompañan la pertenencia familiar al grupo como la cuestión del honor y del rango social que vienen a ser la traducción simbólica de una posición socioeconómica. De manera algo diferente, lo que interesa al análisis en términos de redes sociales no son tanto las estructuras en sí mismas, sino más bien las dinámicas sociales que las afectan. En este sentido, las estrategias identificadas constituyen más que expresiones de una identidad social predefinida, respuestas consideradas oportunas en un momento y un contexto determinados. Dicho de otro modo, si se admite que las élites coloniales constituían un grupo social dentro del cual muchos pretendieron integrarse o estabilizarse, el planteamiento en términos de redes permite reconstruir las múltiples estrategias que unos y otros fueron capaces de concebir teniendo en cuenta la especificidad de su propia situación. A un análisis centrado en los límites que permiten distinguir a los grupos sociales entre sí, la reconstitución de las redes sociales ofrece la posibilidad de identificar las conexiones que los distintos actores sociales fueron capaces de establecer tanto dentro de un grupo concreto como entre unos y otros.

---

<sup>47</sup> En este sentido, el microanálisis así entendido tiene, finalmente, muy poco que ver con la microhistoria tal y como la concibe y la define L. González y González, *Invitación a la microhistoria*, México, F.C.E., 1986.